

Participación y resultados electorales en España*

Turnout and electoral results in Spain

Ignacio Lago

Universitat Pompeu Fabra

ignacio.lago@upf.edu

José Ramón Montero

Universidad Autónoma de Madrid

joseramon.montero@uam.es

Palabras clave: Datos agregados, Elecciones, España, Modelos causales, Movilización, Participación electoral, Partidos políticos.

Keywords: Aggregate data, Elections, Spain, Causal models, Mobilization, Voter turnout, Political parties.

RESUMEN

En este artículo se examina críticamente el saber convencional sobre la relación positiva entre la participación electoral y los resultados electorales del PSOE en las elecciones generales en España. Subrayamos la existencia de tres mecanismos causales en juego, que dan lugar a predicciones distintas sobre esta correlación y que impiden, por lo tanto, sostener una tesis tan parsimoniosa como la existente. Algunos de nuestros argumentos se comprueban empíricamente con datos agregados en el nivel de distrito de las diez elecciones generales que se han celebrado hasta el momento.

ABSTRACT

This paper critically reviews the conventional wisdom on the positive relationship between turnout and the electoral results of the PSOE in general elections in Spain. We highlight the existence of three causal mechanisms that give rise to different predictions about this correlation and therefore undermine the existing parsimonious thesis. Some of our arguments are empirically tested with aggregate district-level data corresponding to the ten general elections held to date.

* Queremos agradecer la generosidad de Pedro Riera al permitirnos utilizar los datos empleados en los análisis empíricos; las críticas y sugerencias a una versión anterior de Ferran Martínez, de dos evaluadores anónimos y del propio Consejo Editorial de esta *Revista*; la ayuda financiera del Ministerio de Ciencia e Innovación (SEJ 2006-10073 GPOL) y de la Comunidad de Madrid y Universidad Autónoma de Madrid (CCG 08-UAM/HUM-4446), y las excelentes facilidades para la investigación proporcionadas por la Biblioteca del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, del Instituto Juan March.

Ignacio Lago

Doctor en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Madrid y Doctor-miembro del Instituto Juan March de Madrid. En la actualidad es Profesor Titular de Ciencia Política en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universitat Pompeu Fabra.

PhD in Political Science from the Autonomous University of Madrid and Doctor-member of the Juan March Institute of Madrid. He is currently a Tenured Lecturer in Political Science at the Department of Political and Social Science of the Pompeu Fabra University.

José Ramón Montero

Doctor en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. En la actualidad es Catedrático de Ciencia Política y Director del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid.

PhD in Law from the University of Santiago de Compostela. He is currently Professor of Political Science and Head of the Department of Political Science and International Relations at the Autonomous University of Madrid.

Edifici Jaume I - Despacho: 20.100. C/ Ramon Trias Fargas, 25-27. 08005 Barcelona (Spain).

1. INTRODUCCIÓN

Aunque manoseado hasta ser una modalidad más del *perro-gato* de Sartori (1994: 36 ss.), el concepto de mecanismo causal —el camino o proceso a través del cual se produce un efecto (Gerring, 2008: 161)¹— es crucial en las ciencias sociales para entender la causalidad y disponer de buenas explicaciones². Resulta difícil encontrar debates que demuestren tan claramente esta importancia y que al mismo tiempo sean tan relevantes política y académicamente como la relación entre la participación electoral y los resultados electorales en España. En general, esa relación ha sido calificada como uno de los más firmes mitos de los estudios electorales (Dittrich y Johansen, 1983: 103; Fisher, 2007: 598). Quizá por eso mismo el saber convencional al respecto ha sido expresado con excesivas variaciones en sus términos sustantivos y causales. Daniel Rubenson y sus colaboradores (2007: 595) han ofrecido recientemente una formulación que creemos se ajusta bien a los problemas que vamos a discutir en este artículo. Para ellos, ese saber convencional mantiene que una «baja participación electoral sesga los resultados electorales, de modo que los partidos conservadores ganan a expensas de las alternativas de izquierda. La lógica tras este razonamiento es que la participación electoral es desigual: los ciudadanos más ricos tienen mayores posibilidades de votar, y se supone que existen diferencias claras en las preferencias partidistas y en las políticas públicas entre ambos grupos».

En España, su traducción vendría a decir que cuanto mayor sea la participación electoral en unas elecciones o en una determinada circunscripción, mayor debe ser el porcentaje de voto alcanzado por los partidos de izquierda, sobre todo por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y peores los de la derecha, cifrada en el Partido Popular (PP). O, si se prefiere, que la participación electoral tiene un componente ideológico. Numerosos estudios han señalado repetidamente la mayor abstención en la izquierda como una de las características del comportamiento electoral de los españoles³. Como se resume en las que seguramente son las investigaciones de referencia sobre el tema, «los datos ponen de manifiesto que la abstención tiene en España un carácter marcadamente de izquierda. En las cinco encuestas poselectorales [realizadas entre 1986 y 2000], los abstencionistas provienen en mayor medida de posiciones de izquierda que de posiciones de derecha» (Barreiro, 2004: 20). Ello pondría de relieve «la progresiva desmovilización de la izquierda en España: los ciudadanos progresistas son más propensos a la abstención que los conservadores» (Barreiro, 2002: 202). Por su parte, los partidos políticos han echado también su cuar-

¹ Para una discusión de los distintos significados que se le han dado a los mecanismos causales, algunos incluso contradictorios, véase Gerring (2008).

² Véase, en este sentido, Lago (2008).

³ Entre ellos, por ejemplo, Montero (1986), Font (1995), Justel (1995), Rodón (2009).

to a espadas. Durante la transición, muchos dirigentes de la Unión de Centro Democrático (UCD) estaban convencidos de que la abstención perjudicaba más a los partidos de centro que a los de izquierda. De un modo similar, un alto dirigente de Alianza Popular (AP) resaltaba en 1979 que «la abstención en España (...) ha sido una abstención de derechas. La izquierda ha votado con una gran disciplina de voto y con una gran presencia en las urnas». Y otro alto dirigente remachaba en 1982 esta opinión al señalar que «la abstención es mucho más de derecha que de izquierda; así como en Estados Unidos vota más la derecha que la izquierda, en Europa generalmente es al contrario, y en España muy al contrario»⁴. Pero el crecimiento electoral del Partido Popular (PP) y su llegada al gobierno modificarían radicalmente esas percepciones. El color político de los abstencionistas se mudó sobre todo con las elecciones de 2000, cuando la participación descendió con respecto a las de 1996 en más de dos millones de electores y en cerca de nueve puntos porcentuales. La interpretación oficial del PSOE (2000: 6; 2004: 17 y 26), por ejemplo, tildaba el crecimiento de la abstención como «preocupante» y la localizaba sin duda entre el electorado progresista: «los millones de ciudadanos que decidieron abstenerse en las elecciones de 2000 (...), en su mayor parte, se identificaban con el espacio político del centro-izquierda».

Sin embargo, los análisis periodísticos de los últimos procesos electorales celebrados en España apuntan en otra dirección. La tesis es que «la participación no es ideológica. Los resultados de Galicia [en las elecciones autonómicas de 2009] han dado la última paleta al entierro de la leyenda según la cual una baja participación electoral favorece siempre a la derecha, mientras que una gran movilización de votantes da el triunfo a la izquierda. Si la elevada participación en la circunscripción de Madrid en las legislativas del 9-M fue beneficiosa para el PP, ahora ha sucedido lo mismo con el descenso en siete puntos —del 36 al 29%— de la abstención con respecto a los comicios de 2005» (Pradera, 2009: 34).

¿Cómo son posibles conclusiones tan opuestas cuando se observa el mismo fenómeno? En nuestra opinión, este desacuerdo puede explicarse por la ausencia de los mecanismos que convierten la causa, la alta (baja) participación electoral, en el efecto, los mejores (peores) resultados electorales del PSOE y la discusión de sus implicaciones empíricas. Y esta omisión de los mecanismos causales es especialmente preocupante cuando se constata que la relación entre la participación electoral y la suerte electoral de los partidos de izquierda es un debate tan dilatado en el tiempo como todavía abierto en los países occidentales⁵, y so-

⁴ Entrevistas a representantes de UCD y de AP realizadas por Richard Gunther y depositadas en la Biblioteca del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Instituto Juan March, Madrid.

⁵ Cf., por ejemplo, Fisher (2007) y Pacek y Radcliffe (1995), así como los trabajos aparecidos sobre el tema en *Electoral Studies*, 26, 2007, pp. 539 y ss.

bre todo en Estados Unidos⁶. Cees van der Eijk y Mark Franklin (2009: 131) creen que «el jurado no ha tomado aún una decisión sobre la cuestión de los efectos políticos de la baja participación electoral». Pero parecen referirse más a los efectos sobre las políticas públicas redistributivas y sobre la calidad de la representación que a los meramente partidistas. En este ámbito, las conclusiones de numerosos estudios apuntan en la dirección de que los sesgos de los cambios en las tasas de participación electoral sobre los partidos son reducidos y no se producen en una dirección determinada (Lutz y Marsh, 2007: 539). Un análisis con datos individuales de 28 elecciones en 25 países entre 1996 y 2002 termina señalando que el impacto para los partidos izquierdistas de una hipotética participación electoral de todos los ciudadanos es reducida y en todo caso asistemática; pero si los partidos de izquierda no ganan votos de forma apreciable, los conservadores los pierden en mayor medida cuando crece la participación (Bernhagen y Marsh, 2007: 558)⁷. Un examen similar, centrado en las elecciones al Parlamento Europeo entre 1989 y 2004, llega también a la conclusión de que el promedio de los efectos de las variaciones de la participación sobre las características de los partidos son pequeñas (Van der Eijk y Van Egmond, 2007: 571). En fin, la utilización de datos agregados tampoco modifica estos hallazgos. En un estudio sobre las elecciones nacionales de 23 países de la OCDE entre 1969 y 2002, no se encontraron vínculos sistemáticos entre los niveles de participación y la fortuna electoral de los partidos de izquierda (Fisher, 2007: 609).

Estas generalizaciones son compatibles con situaciones aparentemente ocasionales en las que un partido determinado parece resultar beneficiado o perjudicado por cambios en los niveles de la participación electoral; por ejemplo, el caso de las elecciones españolas de 2000. Utilizando datos comparados individuales, se ha matizado que estos casos son sólo unos pocos, y que deberían por lo tanto ser explicados en función de las características idiosincrásicas de los partidos afectados (Van der Eijk y Van Egmond, 2007: 572). Y también son compatibles con las correlaciones positivas que suelen hallarse entre participación y voto a los partidos izquierdistas; por ejemplo, en el caso español esa correlación en el nivel del distrito en las diez elecciones generales celebradas es 0,30 (estadísticamente significativa al 1%). Utilizando datos comparados agregados de ámbito nacional, esas correlaciones han sido justificadas de acuerdo con el declive específico pero simultáneo tanto de la participación electoral como de los apoyos electorales de los partidos izquierdistas (Fisher, 2007: 609).

⁶ Cf., también por ejemplo, Burnham (1965, 1970); DeNardo (1980, 1986); Grofman, Owen y Collet (1995, 1999); Nagel y McNulty (1996), y Martínez y Gill (2005).

⁷ Un análisis comparado más detenido de las elecciones británicas de 1997, las estadounidenses y alemanas de 1998 y las españolas de 2000 arroja conclusiones similares (Bernhagen y Marsh, 2007: 556-557): mientras que los partidos de izquierda no muestran cambios significativos cuando se modifica la participación, los conservadores sufren pérdidas en casos de incrementos de la participación.

Más allá de ambas sugerencias, nosotros creemos que este debate puede ser enriquecido si examinamos algunos de los mecanismos causales recogidos en la literatura internacional, pero raramente aplicados de forma sistemática. Pretendemos hacerlo en el caso español para demostrar empíricamente que *no* hay una relación unívoca entre la participación y el respaldo electoral del PSOE. Pero cualificaremos este resultado, que por lo demás está en la línea de las generalizaciones antes señaladas, mediante la consideración adicional de otras variables que estimamos fundamentales y que, sin embargo, no han solido tomarse en cuenta. Como esperamos demostrar, la relación entre aquellas dos variables es más compleja de lo que establece la parsimoniosa tesis de que la correlación siempre existe y es positiva *per se*. Para ello, dividiremos lo que queda de artículo en tres secciones. En la siguiente discutiremos los mecanismos causales que conectan participación y resultados electorales. A continuación comprobaremos empíricamente algunas de las implicaciones de la discusión teórica. Y lo cerraremos con las conclusiones y alguna reflexión sobre posibles líneas de investigación a seguir.

2. LOS MECANISMOS CAUSALES EN JUEGO

La idea básica de la aproximación a la causalidad basada en los mecanismos es que la explicación en ciencias sociales no tiene lugar a través de la invocación de leyes universales o de la mera identificación de variables relevantes, sino mediante la provisión de los procesos (o mecanismos) que generan los fenómenos sociales. En otras palabras, no sólo deben apuntarse las variables que causan una diferencia sistemática en la probabilidad de que suceda un acontecimiento; es necesario, además, explicar cómo *x* causa *y*. De este modo, una buena teoría no sólo nos cuenta qué pasa, sino también qué hace que pase o qué impide que pase (Bunge, 1997). Si no podemos decir algo sobre la frecuencia o probabilidad de un tipo específico de situación y de sus resultados, no estaremos en condiciones de evaluar la relevancia o capacidad explicativa de un mecanismo causal, independientemente de lo bien que entendamos teóricamente la situación particular. Y si no somos capaces de señalar un mecanismo, no podremos comprender el significado politológico o sociológico de la covarianza observada entre las variables, al margen de su fuerza (Blossfeld, 1996).

¿Por qué es tan importante especificar los mecanismos que han dado lugar a los resultados observados? De acuerdo con Hedström (2005: cap. 2), cabe señalar al menos tres razones. En primer lugar, los mecanismos dan lugar a explicaciones más precisas y comprensibles. En segundo, los mecanismos reducen la fragmentación de la teoría. Por ejemplo, existen numerosas teorías (del crimen, de los movimientos sociales o de la movilización electoral) que se basan en los mismos principios causales: la acción e interacción

entre los individuos. Si nos centramos en los mecanismos podemos evitar una proliferación innecesaria de conceptos teóricos y conseguir así una similitud estructural entre procesos aparentemente distintos. Finalmente, es el conocimiento de los mecanismos lo que nos permite creer que existe una relación causal entre x e y , y no simplemente una correlación espuria.

La tesis de que cuanto más representativos de la población sean los votantes (y, por lo tanto, menos sesgada esté la participación en favor de los votantes con más renta y estudios⁸), mejores resultados conseguirá el Partido Demócrata en Estados Unidos, es bien conocida desde al menos los años cincuenta del siglo pasado⁹. Y sus mecanismos causales, también. Siguiendo la aproximación seminal de Walter D. Burnham (1965), Bernard Grofman, Guillermo Owen y Christian Collet (1999: 358) han explicado los fundamentos de esta correlación positiva entre las dos variables en los siguientes términos. El universo político norteamericano puede concebirse como una serie de tres círculos concéntricos: los votantes habituales, los votantes ocasionales o esporádicos y los abstencionistas habituales. A medida que uno se mueve del centro a la periferia, aumenta la proporción de quienes se identifican con el Partido Demócrata, puesto que la abstención se correlaciona positivamente con un estatus socioeconómico bajo y los Demócratas desarrollan políticas más favorables hacia los menos privilegiados. Dado que los votantes habituales siempre participan, cualquier incremento en la participación viene de la mano de la movilización de los votantes ocasionales o de los abstencionistas habituales, esto es, de aquellos de los que cabe esperar una mayor proximidad al Partido Demócrata. En consecuencia, una participación electoral alta debería favorecer a los Demócratas.

Sin embargo, esta relación entre la participación electoral en Estados Unidos y los resultados del Partido Demócrata no es ni mucho menos simple. Así se comprueba, por ejemplo, en el modelo desarrollado por James DeNardo (1980, 1986). En su revisión crítica de esta relación, Grofman, Owen y Collet (1999) han distinguido tres mecanismos simultáneos cuyas consecuencias empíricas no van necesariamente en la misma dirección y a través de los cuales un partido puede beneficiarse de una elevada participación. Se trata de los que denominan como el *sesgo partidista* o, en los términos de De Nardo (1980, 1986), *efecto de composición*; del *efecto bandwagon* y del *efecto competición*. Por lo que hace al primero, Jack H. Nagel y John F. McNulty (1996) han resumido su funcionamiento en cuatro pasos: i) la participación electoral depende del estatus socioeconómico de los individuos (Verba, Scholzman y Brady, 1995), de modo que los que tienen más recursos (estudios o ingresos, por ejemplo) son los votantes más habituales; ii) en consecuencia, el aumento de

⁸ Sobre los sesgos inherentes a la participación electoral, véase Lijphart (1997).

⁹ Véase, por ejemplo, Grofman, Owen y Collet (1999) o Nagel y McNulty (1996) para una revisión de esta literatura.

la participación es probablemente debido a que hay más votantes con recursos bajos de lo que es normal; iii) es también probable que estos votantes esporádicos de recursos bajos apoyen a los partidos cuyas políticas están en sintonía con sus intereses, como el Partido Demócrata en Estados Unidos o el PSOE en España; iv) en definitiva, una mayor participación debería beneficiar al Partido Demócrata o al PSOE.

El segundo es el llamado efecto *bandwagon* (o *subirse al carro ganador*), o de *la corriente electoral* en los términos de Grofman, Owen y Collet (1995)¹⁰. Puede ocurrir que, cuando los abstencionistas habituales participen en las elecciones, su decisión de voto sea similar a la de los votantes habituales, aunque no lo sea su estatus socioeconómico. La menor identificación partidista de los abstencionistas habituales determina su predisposición a los factores electorales de corto plazo. Y su menor capacidad cognitiva y su reducida sofisticación política facilitan el recurso a alguno de los *atajos* característicos de la racionalidad de baja información (Popkin, 1991: 7). Uno de esos atajos informativos consiste en las predicciones de las encuestas preelectorales sobre el partido o candidato ganador, a las que puede fácilmente accederse a través de los medios de comunicación o mediante su divulgación por alguna persona en la que se tenga una especial confianza. Surge así el efecto *bandwagon*, definido por Herbert Simon (1954: 246) en un trabajo clásico como el comportamiento que está en función de las expectativas sobre el resultado electoral: «si las personas tienen mayores probabilidades de votar a un candidato cuando esperan que vaya a ganar que cuando esperan que vaya a perder, tenemos un efecto *bandwagon*»¹¹. Se trataría entonces de una variante del *proxy voting* por medio de la cual electores a la vez desinformados y desinteresados llegan a su decisión de voto descansando en la decisión de la mayoría. De acuerdo con la evidencia empírica ofrecida por Ruy Teixeira (1992: 87), «los votantes no habituales tienen una alta probabilidad de obviar su preferencia de partido (...) y votar en la dirección del candidato que se presume ganador». En definitiva, los votantes esporádicos recurren con mayor frecuencia que los habituales al abandono de su partido «natural» y al atajo informativo de la viabilidad del partido o candidato para optar por otros en principio alejados de sus perfiles socioeconómicos (Traugott y Lavrakas, 2000: 172; Lau y Redlawsk, 2006: 229-252).

Finalmente, el *efecto de competición* se produce cuando las elecciones son competidas o cerradas, es decir, cuando hay incertidumbre sobre el ganador. En este caso, la participación electoral suele ser alta. Puesto que las elites siguen los cursos de acción que les permiten conseguir resultados que de otro modo no obtendrían, sus decisiones acerca de los esfuerzos de movilización electoral responden al modelo de cálculo del voto sugerido por

¹⁰ Debe precisarse que este efecto es diferente del *efecto de deserción* del que habla DeNardo (1980, 1986).

¹¹ Véanse también Campbell y otros (1960: 110-112) y Schmitt-Beck (1996).

Anthony Downs (1973 [1957]). La movilización tiene lugar cuando la probabilidad (p) de que el esfuerzo de las elites decida las elecciones, *multiplicado* por sus beneficios (B), supera los costes (C) (Cox, 1999; Cox, Rosenbluth y Thies, 1998). En consecuencia, y *ceteris paribus*, cuando las elecciones son competidas, los partidos llevan a cabo un esfuerzo más intenso en la movilización de los votantes, ya que es mayor la probabilidad de que sea decisiva en los resultados electorales. Para ello, se proporciona a los ciudadanos una información que no tendrían en caso contrario y que les resulta esencial para reducir los costes de votar. Además, se crean incentivos sociales selectivos para la implicación política aprovechando las redes familiares, de amigos, de vecinos o de compañeros de trabajo (Rosenstone y Hansen, 1993: cap. 6).

Nuestro argumento principal es que cuando de una elección a otra aumenta la competitividad, y con ella la participación, esta mayor participación estará correlacionada con la desventaja del partido en el gobierno. Puesto que son la impopularidad del gobierno y/o la existencia de una alternativa viable los factores que han llevado a la incertidumbre sobre el ganador, el aumento de la participación electoral es una mala noticia para el gobierno. Dicho de otra manera, si los resultados de unas elecciones son el producto de la coordinación de los votantes y de las elites partidistas (Cox, 1997), cuando aumenta sensiblemente la participación es más fácil que tenga lugar una coordinación distinta de la que ha llevado al gobierno a un partido determinado. En la situación extrema de los realineamientos electorales, la participación es inusualmente alta (Mayhew, 2000): en palabras de Burnham (1970: 7-8), «el aumento en la intensidad [de las elecciones] suele darse cuando la participación es anormalmente elevada». En este caso, la competitividad refleja adicionalmente la medida en la que se está produciendo un cambio en un sistema de partidos (Pennings y Lane, 1998: 5).

La pregunta de si una participación electoral elevada favorece o no al PSOE está planteando en realidad cuál es el efecto neto que resulta de la agregación de los tres mecanismos. Y como según veremos no van necesariamente en la misma dirección, no es posible saber cuál es la contribución, positiva o negativa, de cada uno de ellos a ese efecto neto. De hecho, los efectos *bandwagon* y de *competición* pueden mitigar el *sesgo partidista* o *efecto de composición*. Pero en nuestro país los análisis realizados para medir los efectos de una mayor participación electoral sólo se han detenido en uno de ellos, en el sesgo partidista o efecto de composición, y han obviado los otros dos. Así no es posible llegar a ninguna conclusión robusta.

El sesgo partidista o efecto de composición nos haría esperar, *ceteris paribus*, que una mayor participación en las elecciones en el momento t , en comparación con las elecciones en $t-1$, beneficie al PSOE; y ya sabemos que, debido a sus características socioeconómicas, los votantes movilizados o esporádicos en t deberían estar más cercanos ideológicamente al PSOE que al PP. Por lo tanto, $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE}) > 0$.

Sin embargo, cuando entra en juego el segundo mecanismo, el efecto *bandwagon*, una mayor participación electoral no debería tener *per se* un impacto positivo en el éxito electoral del PSOE. Sólo lo tendría si es el PSOE el que apareciera como claro ganador de las elecciones (como en 1986), como única posibilidad para derribar a un gobierno (como en 2004) o, si acaso, como la única alternativa para la consolidación de la democracia (como en 1982). Dicho de otro modo, el efecto *bandwagon* exigiría que, en términos de coordinación electoral, el PSOE lograra convertirse en el punto focal que le permita coordinar a su alrededor a los votantes de centro-izquierda (Schelling, 1960: cap. 3; Richards, 2001).

Supongamos ahora unas elecciones en las que la participación electoral haya aumentado sensiblemente frente a las anteriores y en las que el PP estuviera en cabeza en las encuestas preelectorales; así ocurrió en las de 1996. Es posible que una buena parte de los votantes movilizados en esas elecciones, aunque sus intereses estuviesen más en sintonía con el PSOE, hayan terminado apoyando al PP mediante el mecanismo del *bandwagon* y el atajo de la viabilidad del partido o candidato. En este escenario, para que $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE}) > 0$, el efecto de composición debería ser mayor que el efecto *bandwagon*. Y esto no se puede saber *ex ante*, sino que requiere el correspondiente análisis empírico con datos individuales. Por supuesto, cuando es el PSOE el que ha aparecido como claro ganador en las encuestas preelectorales (como ocurrió en las elecciones de 1982, 1986, 1989 y en menor medida 2008), siempre se satisfará que $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE}) > 0$, puesto que los efectos de composición y *bandwagon* empujaban en la misma dirección favorable al PSOE. Pero sin dicho análisis con datos individuales no sabremos cuál es la importancia de cada uno.

En definitiva, cuando se tiene en cuenta el efecto *bandwagon*, el signo de $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE})$ depende de qué partido se beneficie del efecto *bandwagon*. Y si es el PP, sólo si el efecto *bandwagon* es menor que el efecto de composición tendremos que $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE}) > 0$.

También el efecto de competición condiciona que el sesgo partidista o efecto de composición dé lugar a $corr(\Delta \% \text{ participación}, \Delta \% \text{ voto PSOE}) > 0$. Ya sabemos que, cuando el efecto de competición está presente, una participación electoral elevada estará correlacionada con la desventaja del partido en el gobierno. En consecuencia, el PSOE sólo se beneficiará del efecto de competición si está en la oposición, mientras que se verá penalizado si ocupa el gobierno. En otras palabras, cuando se produce una alta participación electoral, el efecto de competición puede jugar en la dirección opuesta al efecto de composición. Y si el primero es más fuerte que el segundo, y el gobierno es socialista, el PSOE saldría perjudicado por una alta participación electoral, mientras que el PP resultaría beneficiado.

Sólo hay un escenario en el que con seguridad la correlación entre la participación y los resultados electorales del PSOE deberá ser positiva. En él habrían de cumplirse simultáneamente tres condiciones: (i) que el PSOE esté en la oposición, de modo que se beneficie del efecto de competición; ii) que el PSOE vaya en cabeza en las encuestas preelectorales, de modo que se aproveche del efecto *bandwagon*, y iii) que haya una alta participación electoral, de modo que el PSOE se beneficie del sesgo partidista o efecto de composición. Nuestra hipótesis plantea que es en este escenario, definido por la superposición de los tres mecanismos causales empujando en la misma dirección, donde deberíamos encontrar la correlación positiva más fuerte entre la participación electoral y el voto al PSOE. Por supuesto, cualquier cambio en alguna de las tres características hace impredecible el signo de la correlación entre la participación y los resultados de los partidos. Todo dependerá de cuál de los tres mecanismos sea en cada caso más fuerte.

¿Qué sabemos de la fuerza de estos tres mecanismos en España? Desafortunadamente, sólo disponemos de algunas pistas sobre cada uno de ellos considerados individualmente, pero nada sobre la interacción entre los tres. Así, y de nuevo sin ánimo de exhaustividad, sobre el efecto de composición conocemos que la participación electoral es una función de los recursos individuales (Font y Mateos, 2007), que el PP tiene más apoyos entre los votantes con un mayor nivel de estudios que el PSOE (Pallarès, Fraile y Riba, 2007) y, sobre todo, que los abstencionistas habituales se sitúan más a la izquierda que los votantes (Fernández y Martínez, 2010). Sobre el efecto *bandwagon* disponemos de evidencia que avala la mayor volatilidad de los votantes de izquierda (Barreiro, 2002). Y sobre el efecto de competición se ha apuntado que cuanto más negativa es la percepción de la situación política, mayor es la participación electoral (Boix y Riba, 2000). Pero desconocemos las consecuencias empíricas que se derivan de la superposición de los tres mecanismos. Y así es imposible tener una respuesta cabal a la pregunta de si una participación electoral alta beneficia o no al PSOE. Nos tememos, pues, que las conclusiones a las que se ha llegado hasta el momento sobre la cuestión carecen de validez.

3. ANÁLISIS EMPÍRICO

Nuestro análisis empírico de la relación entre la participación y los resultados electorales en España se centra en las diez elecciones para el Congreso de los Diputados celebradas entre 1977 y 2008. Antes de estudiar las consecuencias de algunos de los mecanismos apuntados anteriormente con datos agregados en el nivel de las circunscripciones, nos tendremos en «establecer el fenómeno» (Merton, 1987: 1-6), esto es, en conocer si disponemos de evidencia empírica que avale que la vinculación entre la participación y el éxito electoral del PSOE existe en realidad y que tiene la regularidad necesaria para requerir y permitir una explicación.

En la tabla 1 se han recogido los niveles de participación de las diez elecciones generales españolas para el Congreso, así como los cambios producidos en la propia participación y en los resultados electorales del PSOE y del principal partido conservador en cada una de las elecciones (UCD en 1977 y 1979 y Alianza Popular/Coalición Popular y Partido Popular [AP/CP/PP] en las restantes¹²). Varias son las regularidades que se observan. En primer lugar, los dos mayores incrementos de la participación, en 1982 y 2004, de casi 12 y 7 puntos porcentuales, respectivamente, van de la mano de los mayores incrementos en los porcentajes de voto del PSOE, que fueron de 17,71 y 8,33 puntos, también respectivamente. Este aparente aval del sesgo partidista o efecto de composición exige, no obstante, algunas cautelas. En los dos casos, el PSOE afrontaba las elecciones desde la oposición, de modo que el efecto relevante pudo muy bien haber sido el de competición. En este mismo sentido, en las 256 circunscripciones en las que para todo el período el PSOE ha sumado más votos que UCD y AP/CP/PP, la participación electoral media ha sido del 74,55%; mientras que en las 264 circunscripciones en las que el principal partido conservador ha superado al PSOE, la participación ha sido del 72,89%.

TABLA 1

Participación y resultados electorales en España, 1977-2008

Elecciones	Participación (%)	Δ Participación (en puntos porcentuales)	Δ PSOE (en puntos porcentuales)	Δ principal partido derecha (en puntos porcentuales)
1977	78,83	—	—	—
1979	68,04	-10,79	1,08	0,4
1982	79,97	11,93	17,71	-8,48
1986	70,49	-9,48	-4,05	-0,39
1989	69,74	-0,75	-4,46	-0,18
1993	76,44	6,7	-0,82	8,97
1996	77,38	0,94	-1,15	4,03
2000	68,71	-8,67	-3,37	5,73
2004	75,66	6,95	8,33	-6,81
2008	73,85	-1,81	1,28	2,23
Media	73,91	-7,50	1,62	0,61

FUENTE:

Ministerio del Interior (www.elecciones.mir.es).

¹² En las elecciones de 1982 hemos seleccionado a AP en lugar de a UCD, pese que esta última estaba al frente del gobierno al convocar estas elecciones. La práctica desaparición de UCD incluso antes de las elecciones, ocasionada más por cuestiones internas que por problemas electorales (Hopkin, 2000), condicionaría excesivamente los resultados de los análisis. De todos modos, las conclusiones a las que hemos llegado serían las mismas independientemente de quedarnos con AP o con UCD en 1982.

En segundo lugar, los partidos en el gobierno, sean PSOE o PP, han resultado perjudicados por los aumentos de la participación¹³. En 1993, 1996 y 2004, las tres ocasiones en las que se ha incrementado la participación, el partido que estaba en el gobierno ha conseguido un menor respaldo electoral. Pero, en cambio, cuando la participación decrece, la suerte de los gobiernos es dispar: a veces ganan apoyos, a veces los pierden. Debe advertirse, sin embargo, que en 1979 y 2000, las dos ocasiones en las que la derecha ha competido desde el gobierno, la reducción de la participación le resultó muy favorable. Precisamente el mayor avance conocido de un partido en el gobierno tuvo lugar en 2000, y coincidió a la vez con un partido de la derecha en el gobierno y con una abrupta caída de la participación. Es decir, a los gobiernos de derecha les beneficia una baja participación, mientras que ello no parece tan claro cuando se trata de gobiernos de izquierda. En 2008, el PSOE, que estaba en el gobierno, mejoró sus resultados con una menor participación, mientras que en 1986 y 1989 fue al revés.

De este modo, cabe observar una correlación negativa muy fuerte entre el aumento de la participación y los resultados de los partidos en el gobierno, así como, pese a todo, una cierta correlación positiva (negativa) entre el aumento (descenso) de la participación y los resultados del PSOE (UCD o AP/CP/PP). El efecto de competición parece indiscutible, mientras que el efecto de composición no es tan claro, sobre todo si tenemos en cuenta que puede estar escondiendo un efecto *bandwagon*. En definitiva, la relación entre participación y resultados electorales es más compleja de lo que sostiene el saber convencional.

Para avanzar en la desagregación de los tres mecanismos causales existentes tras la relación entre la participación y los resultados electorales de los partidos en España, y poder hacer además inferencias estadísticas, en la segunda parte del análisis empírico nos centraremos en el nivel de los distritos¹⁴. En la tabla 2 se analiza en qué medida la variabilidad en el porcentaje de voto del PSOE en cada distrito entre dos elecciones generales consecutivas se explica en función de la variabilidad en la participación electoral¹⁵. Todas las regresiones son robustas para evitar que la existencia de casos atípicos o *outliers* distorsione las estimaciones¹⁶.

¹³ En el análisis de Bernhagen y Marsh (2007: 558), son los partidos en la oposición quienes por lo general se benefician de una mayor participación; en sentido similar, DeNardo (1980).

¹⁴ Debemos reiterar lo ya apuntado con respecto a la imposibilidad de analizar las relaciones entre el efecto de composición y el efecto *bandwagon*, es decir, cuál domina sobre cuál y en qué condiciones lo hace, ya que harían falta datos individuales de los que por el momento carecemos. Pese a ello, cabe también subrayar que son muy pocos los trabajos que han descendido desde los datos nacionales de participación y voto hasta los de cada uno de los distritos en cada una de las elecciones consideradas.

¹⁵ Como las dos variables expresan diferencias entre dos elecciones, las observaciones para las elecciones de 1977 se pierden.

¹⁶ En la medida que estudiamos los mismo distritos en distintas elecciones, cabría argumentar que la estructura de los datos no es independiente, y que sería mejor la opción de realizar las regresiones con un *cluster*. En nuestra opinión, el *cluster* sería

TABLA 2

Participación y resultados electorales del PSOE a escala de distrito, 1977-2008^a

Variables	Modelos		
	1	2	3
Δ Participación	0,53*** (0,04)	0,54*** (0,03)	0,74** (0,03)
Gobierno ^b		-6,00*** (0,45)	-6,12*** (0,38)
Interacción			-0,66*** (0,05)
Constante	1,49*** (0,27)	4,96*** (0,33)	4,82*** (0,28)
F	214,99***	260,72***	298,89**
Número de observaciones	468	468	468

^a La estimación es por mínimos cuadrados ordinarios; entre paréntesis, los errores típicos; *** p < 0,01.

^b 1, gobierno; 0, oposición.

En el primer modelo se estima cuál es el efecto neto de la superposición de los tres mecanismos causales señalados. El cambio en el nivel de participación es estadísticamente significativo, al 1%, para explicar la variación en los resultados electorales del PSOE. Su signo es positivo, de modo que cuanto más aumenta la participación, mejores resultados consigue el PSOE; lo contrario también es cierto. En concreto, por cada punto más de participación electoral en un distrito respecto a las elecciones anteriores, el PSOE suma medio punto más, 0,53, en su porcentaje de voto.

Los dos siguientes modelos estudian el impacto del efecto de competición sobre la relación entre participación electoral y el respaldo electoral del PSOE. De acuerdo con el modelo 2, cuando el PSOE afronta las elecciones desde el gobierno (como hizo en 1986, 1989, 1993, 1996 y 2008), sus resultados son seis puntos peores que cuando lo ha hecho desde la oposición (como ocurrió en 2000 y 2004). El coeficiente del cambio en la participación electoral apenas difiere respecto al primer modelo. Y en el modelo 3 se ha añadido la interacción entre encontrarse o no el gobierno y la diferencia en la participación electoral. Cuando el PSOE está en el gobierno, cada punto adicional de participación en un distrito reduce en 0,66 puntos su respaldo electoral en comparación con las elecciones en las que está en la oposición. La interacción es estadísticamente significativa al 1%. El ajuste del modelo inte-

imprescindible si las variables se midieran en niveles, pero al trabajar con diferencias puede aceptarse la independencia de la estructura de los datos. Sea como fuere, hemos reestimado todos los modelos introduciendo un *cluster* de distrito. Los resultados son virtualmente idénticos.

ractivo es sensiblemente mejor que el de los modelos aditivos, de modo que esta interacción se revela crucial.

Si el PSOE es la cara en la relación entre participación electoral y resultados electorales, los partidos de la derecha deberían ser la cruz. En la tabla 3 hemos estimado los mismos modelos que en la anterior tabla 2, pero la variable dependiente es ahora el porcentaje de voto del principal partido de la derecha, UCD en 1977 y 1979 y AP/CP/PP en las restantes elecciones. Como puede comprobarse en el modelo 1, la correlación entre la participación electoral y el voto a los partidos de derecha es negativa, esto es, cuanto más aumenta la participación, peores resultados consigue UCD o el PP; lo contrario es también cierto. Así, por cada punto más de participación electoral en un distrito respecto a las elecciones anteriores, UCD o el PP pierden 0,20 puntos en su porcentaje de voto. En este sentido, el saber convencional sobre el tema parece obtener, por lo tanto, un fuerte respaldo empírico.

TABLA 3
Participación y resultados electorales de UCD-PP a escala de distrito, 1977-2008^a

Variables	Modelos		
	1	2	3
Δ Participación	-0,20*** (0,04)	-0,20*** (0,03)	0,25*** (0,04)
Gobierno ^b		-5,16*** (0,57)	-5,63*** (0,46)
Interacción			-0,79*** (0,06)
Constante	0,28*** (0,30)	2,40*** (0,38)	2,80*** (0,31)
F	28,87***	59,18***	133,21***
Número de observaciones	468	468	468

^a La estimación es por mínimos cuadrados ordinarios; entre paréntesis, los errores típicos; *** $p < 0,01$. En las elecciones de 1977 y 1979 los resultados electorales corresponden a UCD; en las restantes, a AP/CP/PP.

^b 1, gobierno; 0, oposición.

No obstante, los otros dos modelos, en los que se distingue entre las elecciones generales a las que la derecha llegaba desde el gobierno o la oposición revelan la complejidad de la relación que estamos estudiando y desafían el saber convencional. De acuerdo con el modelo 2, cuando UCD o el PP afrontan las elecciones desde el gobierno (como hicieron en

1979, 1982, 2000 y 2004), sus resultados electorales son algo más de cinco puntos porcentuales peores que cuando lo hace desde la oposición. La variable es estadísticamente significativa al 1% y su inclusión no altera apenas los coeficientes de las demás variables. En el modelo 3, donde se incluye la interacción entre estar o no en el gobierno y el cambio en la participación, cuando UCD o el PP están en el gobierno, cada punto adicional de participación reduce en 0,79 puntos sus resultados electorales. O, al revés, cuando UCD o el PP están en la oposición —esto es, los coeficientes de las variables *gobierno* e *interacción* son iguales a 0—, cada punto de participación adicional supone 0,25 puntos más en el porcentaje de voto del principal partido conservador. Y esto ya no encaja con el saber convencional. La interacción es estadísticamente significativa al 1%. Además, es este tercer modelo el que alcanza el mejor ajuste.

Tres son, pues, los principales hallazgos de este análisis empírico. Primero, tanto los partidos de izquierda como de la derecha, o al menos el principal de ellos en cada espacio ideológico, se benefician de una participación elevada cuando están en la oposición; es decir, hay un claro efecto de competición en juego. Segundo, en cualquier caso, es el PSOE quien más réditos obtiene de una mayor participación electoral cuando está en la oposición, lo que avala, con las cautelas de no haber podido estudiar el efecto *bandwagon*, la existencia de un sesgo partidista o efecto de composición en las elecciones generales en España. Y, tercero, cuando la derecha está en el gobierno, un aumento de la participación es negativa para sus resultados, mientras que para el PSOE sigue siendo positivo. En definitiva, el saber convencional sale tambaleante, aunque todavía en pie, de un análisis empírico en el que no hemos podido estudiar el efecto *bandwagon*.

4. CONCLUSIONES

Las variaciones de la participación electoral en España tienen connotaciones ideológicas, pero dependen también de la vulnerabilidad del gobierno y a buen seguro de ese mecanismo *bandwagon* que lleva a la coordinación de los votantes movilizados alrededor del partido con más posibilidades de ganar. Como en las investigaciones sobre la relación entre la participación y los resultados electorales de los partidos no se han identificado los mecanismos causales que entran en juego, las conclusiones sobre el fenómeno son opuestas, pero compatibles. Los tres mecanismos que hemos señalado no tienen necesariamente un efecto del mismo signo, positivo o negativo, sobre la relación entre la participación y el voto al PSOE, de modo que la dirección de la correlación entre estas dos variables depende de cuál de los mecanismos sea el más intenso. Puesto que la literatura académica y los análisis periodísticos en España han pasado por alto esta complejidad del fenómeno, sus conclusiones puntuales sobre cada una de las elecciones en España se

han basado precisamente en cuál de los tres mecanismos ha empujado más fuerte en cada caso. Y como hay cambios entre las elecciones, también hay cambios en las conclusiones. La única manera de explicar bien esta relación es conocer los procesos a través de los que tienen lugar.

A partir de algunos análisis agregados basados en datos de las circunscripciones, hemos establecido en este artículo cuál es el impacto de la superposición de los mecanismos detrás de la incidencia de la participación en el voto a los partidos; y también hemos subrayado la relevancia de estar en el gobierno o en la oposición. Pero la comprensión del fenómeno en su totalidad está todavía lejos. Hacen falta análisis con datos individuales que aclaren si el efecto composición domina sobre el *bandwagon*, o a la inversa, y bajo qué condiciones lo hace. Y también estudios con datos de *panel* o al menos *trackings* que muestren cómo cambian las intenciones de voto a lo largo de una legislatura o durante la propia campaña electoral y cuáles son las características de los individuos que cambian su comportamiento. Finalmente, necesitamos asimismo estudios comparados que indaguen sobre los arreglos institucionales o, más genéricamente, sobre los elementos políticos que explican la intensidad de cada uno de los tres mecanismos y sus diferencias entre países o entre distritos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barreiro, Belén (2002): «La progresiva desmovilización de la izquierda en España: un análisis de la abstención en las elecciones generales de 1986 a 2000», *Revista Española de Ciencia Política*, 6: 183-205.

— (2004): «14-M: Elecciones a la sombra del terrorismo», *Claves de Razón Práctica*, 141: 14-22.

Bernhagen, Patrick, y Michael Marsh (2007): «The Partisan Effects of Low Turnout: Analyzing Vote Abstention as a Missing data Problem», *Electoral Studies*, 26: 548-560.

Blossfeld, Hans-Peter (1996): «Macro-sociology, Rational Choice Theory, and Time. A Theoretical Perspective on the Empirical Analysis of Social Processes», *European Sociological Review*, 12: 181-206.

Boix, Carles, y Clara Riba (2000): «Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas: recursos individuales, movilización estratégica e instituciones electorales», *REIS*, 90: 95-128.

Bunge, Mario (1997): «Mechanism and Explanation», *Philosophy of the Social Sciences*, 27: 410-465.

Burnham, Walter D. (1965): «The Changing Shape of the American Political Universe», *American Political Science Review*, 34: 771-802.

— (1970): *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics*, Nueva York: Norton.

Campbell, Angus *et al.* (1960): *The American Voter*, Chicago: University of Chicago Press.

Cox, Gary W. (1997): *Making Votes Count: Strategic Coordination in the World's Electoral Systems*, Nueva York: Cambridge University Press.

- Cox, Gary W. (1999): «Electoral Rules and the Calculus of Mobilization», *Legislative Studies Quarterly*, XXIV (3): 387-419.
- Cox, Gary W.; Frances M. Rosenbluth y Michael F. Thies (1998): «Mobilization, Social Networks, and Turnout», *World Politics*, 50: 447-474.
- DeNardo, James (1980): «Turnout and the Vote: The Joke's on the Democrats», *American Political Science Review*, 74: 406-420.
- (1986): «Does Heavy Turnout Help Democrats in Presidential Elections? Turnout and the Vote: The Joke's on the Democrats», *American Political Science Review*, 80: 1298-1304.
- Dittrich, Karl y Lars N. Johansen (1983): «Voting Turnout in Europe, 1945-1978: Myths and Realities», en *Western European Party Systems. Continuity and Change*, eds. Daalder y Peter Mair, Londres: Sage.
- Downs, Anthony (1973 [1957]): *Teoría económica de la democracia*, Madrid: Aguilar.
- Fernández, José A. y Ferran Martínez (2010): «Los efectos de la campaña en las elecciones generales de 2008», en *Elecciones generales 2008*, eds. José Ramón Montero e Ignacio Lago, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Fisher, Stephen D. (en preparación): «(Change in) Turnout and (Change in) the Left Share of the Vote», *Electoral Studies*, 26: 598-611.
- Font, Joan (1995): «La abstención electoral en España: certezas e interrogantes», *REIS*, 71-72: 11-37.
- Font, Joan y Araceli Mateos (2007): «La participación electoral», en *Elecciones generales 2004*, eds. José Ramón Montero, Ignacio Lago y Mariano Torcal, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Gerring, John (2008): «The Mechanistic Worldview: Thinking Inside the Box», *British Journal of Political Science*, 38: 161-179.
- Grofman, Bernard; Guillermo Owen y Christian Collet (1995): *Do Democrats Do Better in Elections with Higher Turnout?*, Ponencia presentada en el congreso anual de la Public Choice Society, Long Beach (California), 24-26 marzo.
- (1999): «Rethinking the Partisan Effects of Higher Turnout: So What's the Question?», *Public Choice*, 99: 357-376.
- Hedström, Peter (2005): *Dissecting the Social: Social Mechanisms and the Principles of Analytical Sociology*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hopkin, Jonathan (2000): *El partido de la transición. Ascenso y caída de la UCD*, Madrid: Acento.
- Justel, Manuel (1993): *La abstención electoral en España, 1977-1993*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lago, Ignacio (2008): *La lógica de la explicación en las ciencias sociales: una introducción metodológica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Lau, Richard R. y David P. Redlawsk (2006): *How Voters Decide. Information Processing During Election Campaigns*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Lijphart, Arend (1997): «Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma», *American Political Science Review*, 91: 1-14.
- Lutz, Georg y Michael Mars (2007): «Introduction: Consequences of Low Turnout», *Electoral Studies*, 26: 539-547.

- Martinez, Michael D. y Jeff Gill (2005): «The Effects of Turnout on Partisan Outcomes in U.S. Presidential Elections 1960-2000», *The Journal of Politics*, 67: 1248-1274.
- Mayhew, David R. (2000): «Electoral Realignment», *Annual Review of Political Science*, 3: 449-474.
- Montero, José Ramón (1986): «La vuelta a las urnas: participación, movilización y abstención», en *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*, eds. Juan J. Linz y José Ramón Montero, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Nagel, Jack H. y John E. McNulty (1996): «Partisan Effects of Voter Turnout in Senatorial and Gubernatorial Elections», *American Political Science Review*, 90: 780-793.
- Pacek, Alexander y Benjamin Radcliff (1995): «Turnout and the Vote for Left-Centre Parties: A Cross-National Analysis», *British Journal of Political Science*, 25: 137-143.
- Pallarès, Francesc; Marta Fraile y Clara Riba (2007): «Variables socio-estructurales y comportamiento electoral en las elecciones generales españolas: Una perspectiva evolutiva 1979-2000», *Revista de Estudios Políticos*, 135: 109-158.
- PSOE [Partido Socialista Obrero Español] (2000): *Resoluciones. 35 Congreso. Madrid, 23 de julio de 2000*, Madrid: PSOE.
- (2004): *Resoluciones. El compromiso. 36 Congreso Federal. Madrid, 2, 3 y 4 de julio de 2004*, Madrid: PSOE.
- Pennings, Paul y Jan-Erik Lane (eds.) (1998): *Comparing Party System Change*, Nueva York: Routledge.
- Popkin, Samuel L. (1991): *The Reasoning Voter. Communication and Persuasion in Presidential Campaigns*, Chicago: University of Chicago Press.
- Pradera, Javier (2009): «Moralejas electorales del 1-M», *El País*, 4 de marzo.
- Richards, Diana (2001): «Coordination and Shared Mental Models», *American Journal of Political Science*, 45: 259-276.
- Rodón, Toni (2009): «El sesgo de participación en el sistema electoral español», *REIS*, 126: 107-125.
- Rosenstone, Steven J. y John M. Hansen (1993): *Mobilization, Participation, and Democracy in America*, Nueva York: MacMillan.
- Rubenson, Daniel; André Blais, Patrick Fournier, Elisabeth Gidengil y Neil Nevitte (2007): «Does Low Turnout Matter? Evidence from the Canadian Federal Election», *Electoral Studies*, 26: 589-597.
- Sartori, Giovanni (1994): «Comparación y método comparativo», en *La comparación en las ciencias sociales*, eds. Giovanni Sartori y Leonardo Morlino, Madrid: Alianza Universidad.
- Schelling, Thomas C. (1960): *The Strategy of Conflict*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Schmitt-Beck, Rüdiger (1996): «Mas Media, the Electorate, and the Bandwagon: A Study of Communication Effects on Vote Choice in Germany», *International Journal of Public Opinion Research*, 8: 266-290.
- Simon, Herbert A. (1954): «Bandwagon and Underdog Effects and the Possibility of Election Predictions», *Public Opinion Quarterly*, 18: 245-253.
- Teixeira, Ruy (1992): *The Disappearing American Voter*, Washington, D.C.: Brookings.
- Traugott, Michael W. y Paul J. Lavrakas (2000): *Presidential Polls, the News Media, and Democracy*, Nueva York: Chatham House.
- Van der Eijk, Cees y Marcel van Egmond (2007): «Political Effects of Low Turnout in National and European Elections», *Electoral Studies*, 26: 561-573.

Van der Eijk, Cees y Mark Franklin (2009): *Elections and Voters*, Londres: Palgrave MacMillan.

Verba, Sidney; Kay L. Scholzman y Henry Brady (1995): *Voice and Equality. Civic Voluntarism in American Politics*, Cambridge, MA: Harvard University Press.

RECEPCIÓN: 07/05/2009

REVISIÓN: 23/10/2009

APROBACIÓN: 15/12/2009